

Mientras el generalísimo de los aliados recibía los aplausos del pueblo de Madrid, el activo don Juan Martín (el Empeinado) rendía la guarnición de Guadalajara, fuerte de 700 á 800 hombres al mando del general Preux, y entraba en Toledo con repique general de campanas la partida del Abuelo, habiendo evacuado aquella ciudad la guarnición francesa para incorporarse al rey José. Pero entre tanto, viéndose libre de persecución el general Clausel, jefe del ejército francés de Portugal, á causa de la venida de Wellington á Madrid, desde el camino de Burgos revolvió sobre Valladolid, arrojó de allí las tropas españolas haciéndolas retroceder á las montañas, y destacó al general Foy para que recogiera las guarniciones que había dejado en Toro, Zamora y Astorga, no les sucediese lo que á la de Tordesillas. Logró Foy recoger las de aquellas dos primeras ciudades, no así la de Astorga, que la víspera de su llegada se había rendido al 6.º ejército español (18 de agosto), y habiéndola llevado este consigo hacia el Vierzo, no encontrando ya Foy en aquella ciudad sino los heridos y enfermos que habían quedado. Esta nueva evolución de los franceses de Castilla la Vieja obligó á Wellington á mandar concentrar sus fuerzas en Arévalo, y aun se vió precisado á salir él mismo de Madrid (1.º de setiembre) y acudir otra vez hacia el Duero con cuatro divisiones, dejando otras tres en Madrid y sus cercanías.

No hallándose Clausel en estado de resistir las fuerzas anglo-portuguesas que se le iban encima, evacuó á Valladolid, y se retiró otra vez la vía de Burgos, marchando lenta y sucesivamente hasta Bribeasca y Pancorbo. Tras él siguió Wellington acaso con mas circunspección de la que debiera. Uniéronse en la marcha el 6.º ejército español, fuerte de 16,000 hombres, mandado por don Francisco Javier Castaños. El 18 de setiembre llegaron los aliados á Burgos, y recibidos por los habitantes con las aclamaciones de costumbre, detuviéronse á combatir el castillo que domina los cerros que se elevan en su derredor, y que guarnecía el general francés Dubreton con poco mas de 2,000 hombres de buenas tropas y una veintena de cañones. No creía Wellington que las defectuosas obras de aquel fuerte pudieran resistir al valor de unos soldados que habían sabido enseñorearse de Ciudad-Rodrigo y de Badajoz; y así en la noche del 19 al 20 hizo asaltar la altura de San Miguel, que las dominaba todas, y la tomó, aunque á costa de sangre, pues perdió en la embestida 21 oficiales con mas de 400 hombres. Fácil cada vez mas parecía á Wellington, dueño de la altura y hornabeque de San Miguel, apoderarse del recinto exterior del castillo, y así mandó escalarle la noche del 22 al 23. Pero frustrada esta tentativa, recurrióse al trabajo de las minas y otros propios de sitio mas formal. Segun que se practicaban las minas en diferentes puntos, así las iban haciendo saltar los sitiadores, apoderándose en seguida sus columnas de las anchas brechas que abrian, pero de todas iban siendo tambien rechazados y desalojados por los valerosos franceses de la guarnición. Así les sucedió el 29 de setiembre, así el 4 y el 18 de octubre, siendo siempre escarmentados los sitiadores hasta el punto de resolverse Wellington á levantar el cerco, despues de haber perdido inútilmente en él cerca de 2,000 hombres.

Fué ciertamente una brillante defensa la que hicieron los franceses del castillo de Burgos; ganó con ella mucha fama el general Dubreton, y Napoleon mostró haber quedado muy satisfecho de la conducta de aquel bravo oficial. Y aunque sea tambien verdad que faltaba al ejército sitiador artillería gruesa, y no era tampoco la que tenía muy bien acondicionada, no basta á disculpar á Wellington el haber empleado largo y precioso tiempo en combatir un castillo que pasaba por poco fuerte, para concluir por abandonarle sin fruto.

En muy mala ocasion cometió el general británico esta falta: precisamente cuando las córtes españolas satisfechas y agradecidas á sus recientes triunfos, que hicieron como olvidar las graves razones que en otra ocasion tuvieron presentes para negarle el mando de varias provincias españolas que su hermano había pretendido para él, acababan de nombrarle ahora generalísimo de todos los ejércitos de España (22 de setiembre). «Siendo indispensable, decía el decreto, para la mas pronta y segura destruccion del enemigo comun que

haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las córtes generales y extraordinarias, atendida la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin á los males que han afligido á la nacion, y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad-Rodrigo, capitán general de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan: Que durante la cooperacion de las fuerzas aliadas en la defensa de la misma Península se le confiera el mando en jefe de todos ellos, ejerciéndolo conforme á las ordenanzas generales, sin mas diferencia que hacerse, como con respecto del mencionado duque se hace por el presente decreto, extensivo á todas las provincias de la Península cuanto previene el art. 6.º, título I, tratado VII de ellas; debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el gobierno español por la secretaria del despacho universal de la Guerra.—Tendrálo entendido la Regencia del reino, y dispondrá lo necesario para su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular.—Dado en Cádiz á 22 de setiembre de 1812.»

No faltó sin embargo en las córtes quien se opusiera á la concesion de tan extraordinaria gracia, aduciendo, entre otras razones, la dificultad de sujetar á responsabilidad á un súbdito de otra nacion, y aun dudando de que las córtes tuviesen facultad para dar á un extranjero tan importante y elevado cargo. Mas sobre todas las consideraciones prevaleció la idea de dar unidad al mando y vigorizarle para la pronta conclusion de la guerra. Wellington contestó á las córtes, mostrándose sumamente reconocido á la honra tan distinguida que le dispensaban, y añadiendo que solo esperaba para aceptarla la aprobacion ó beneplácito del príncipe regente de Inglaterra; lo cual difirió por algun tiempo la publicacion del decreto, habiéndose tratado todo, hasta que este salió, en sesiones secretas. Este nombramiento, aunque propuesto y movido por los diputados mas influyentes, no dejó de ser severamente censurado por algunos, dentro y fuera de las córtes.

Disgustó muy particularmente al capitán general de Andalucía don Francisco Ballesteros, al extremo de dirigir un oficio al ministro de la Guerra (23 de octubre), diciendo, entre otras cosas, que aunque para semejante nombramiento se hubiera consultado á los ejércitos y al pueblo, y todos hubieran convenido con él, lo cual estaba muy lejos de haberse ejecutado, así y todo él se retiraría á su casa antes que consentir en someterse á un extranjero. Era Ballesteros hombre de prendas militares no comunes, que al través de algunos defectos le habían granjeado cierta popularidad en el pueblo y en la tropa. Temerosa por lo tanto la Regencia del efecto que pudiera causar en aquellas clases la actitud del general, apresuró á separarle del mando, reemplazándole con el príncipe de Anglona, é hizo de modo que aun las tropas mas adictas á Ballesteros permanecieron quietas y obedientes, y él pasó á Ceuta donde se le destinó de cuartel (1).

Varias causas habían movido á Wellington á levantar el cerco del castillo de Burgos y alejarse de esta ciudad. Mientras él había empleado en aquella frustrada empresa un tiempo precioso, el general francés Clausel restablecía el orden y la disciplina en su malparado ejército: reuniéronsele 10,000 hombres venidos de Francia, retirándose luego á curarse de su herida y reemplazándole el general Souham, al cual se incorporó Caffarelli con otros 10,000. Hallóse este á mediados de octubre con un ejército de 40,000 hombres, en estado de medirse con las fuerzas de Wellington. Así fué que poniendo-

(1) Contribuyó á dar color á este asunto, ya en sí grave, el haberse impreso y publicado en Sevilla un pliego con el título de *Ballesteros*, en que se denigraba la conducta de las córtes por haber nombrado á lord Wellington generalísimo de los ejércitos españoles, y se hablaba con desacato de ellas y de la Regencia. Se nombró en sesion secreta una comision que examinara este papel, la cual presentó su dictámen en la de 5 de diciembre, y conforme á él se mandó formar causa, y que se leyera en público la exposicion del ministro sobre el oficio de Ballesteros, suprimiendo en ella algunas expresiones.

se en movimiento el 17 de octubre desde Pancorbo, fué, aunque lentamente, avanzando hacia Burgos, y cuando el general en jefe de los aliados evacuó esta ciudad (22 de octubre) hallábase ya el francés situado á muy corta distancia de ella. Y por otra parte noticioso Wellington de que al fin el mariscal Soult se había decidido á salir de Andalucía, y que el rey José había logrado celebrar una conferencia con Soult, con Jourdan y con Suchet, de que resultó el acuerdo de volver sobre Madrid por el Tajo, reunidos los ejércitos franceses del Mediodía y del Centro, como habremos de ver despues, no quiso verse sorprendido por las armas enemigas viniendo de diferentes puntos, y por eso se apresuró á retirarse otra vez hacia Palencia y Valladolid.

Fuéle siguiendo Souham, cuya vanguardia alcanzó varias veces la retaguardia de los aliados, tuvo con ellos diferentes refriegas, y les hizo algunos centenares de prisioneros; de modo que desde la malograda tentativa del castillo de Burgos parecía haberse cambiado del todo los papeles, siendo ahora el ejército de Wellington el fugitivo, cuando hasta Burgos lo había sido el francés, trocados en perseguidos los perseguidores. Iba con los anglo-portugueses el 6.º ejército español mandado por Castaños, y á las orillas del Carrion uniéronse una division del 7.º conducida por don Juan Diaz Porlier. Aun así no tuvo tiempo Wellington para cortar, como lo intentó, el puente de Carrion, que los franceses cruzaron por Palencia, ni tampoco para destruir otro sobre el Pisuerga, cuyo río pasó tambien el francés. De modo que no pudo evitarse un combate en Villamuriel, en el cual tomaron parte los españoles, y habiendo cejado por un momento el regimiento de Asturias, picado de amor propio el general Alava, que estaba al lado de Wellington, y queriendo dejar bien puesta la honra española delante de extranjeros, adelantóse tanto que recibió una grave herida en la ingle. Los enemigos ponderaron mucho el éxito de esta refriega, haciendo subir en sus partes las pérdidas de los nuestros á mas de mil muertos ó heridos y á otros tantos prisioneros, y pintando como casi insignificante la suya.

Cerca de quince dias invirtió Wellington en hacer evoluciones, pasar y repasar el Pisuerga y el Duero, buscando cómo hurtar las vueltas y trabajando por eludir el alcance del ejército francés que tenía sobre sí, y que á su vez pugnaba por tomarle la espalda. Señalóse esta retirada del general británico por el destrozo que hizo en los puentes de Castilla la Vieja, pues se cuentan entre los que hizo cortar, los de Simancas, Tordesillas, Tudela, Puente-Duero, Quintanilla, Toro y Zamora. De estos algunos rehabilitaban los franceses que iban en pos, otras veces no se detenían á eso, y vadeaban los rios ó los pasaban á nado, siempre acosando á los nuestros.

El 8 de noviembre ocupó Wellington, despues de habérselo reunido con no poco trabajo el general Hill que venia de Extremadura, las mismas estancias frente á Salamanca que había ocupado antes de la batalla de los Arapiles: que parecía imposible que en tan pocos meses de intermedio, sin causas extraordinarias, se hubiera trocado de tal manera la actitud de los ejércitos enemigos. Tras él habían seguido los franceses por Toro y Alba de Tormes, cuyo rio vadearon por tres puntos el 14 de noviembre.

A pesar de reunir los aliados una fuerza de 70 á 75,000 hombres, contándose en ellos sobre 20,000 españoles, era ya superior el ejército francés, porque incorporado el del Mediodía con Soult y el del Centro con el rey José, á los de Portugal y del Norte que conducía Souham, ascendía el efectivo de las fuerzas francesas á mas de 80,000 combatientes, mas de 10,000 de caballería, con 120 cañones. Ansiaban estos restablecer el honor de las armas imperiales en los mismos campos de Arapiles en que unos meses antes habían sufrido la derrota de que hemos dado cuenta, y para ello tomaron sus posiciones. Pero Wellington no tuvo por conveniente aguardarlos, y abandonando sus estancias de Salamanca (15 de noviembre) emprendió su retirada la vía de Tamames y Ciudad-Rodrigo, con su ejército dividido en tres cuerpos, pasando mil trabajos en la marcha á causa de las lluvias, de las aguas rebalsadas en las tierras, y de la escasez de mantenimientos, teniendo que alimentarse los caballos de la yerba del campo y de las hojas y corteza de los árboles. Picábanlos de cerca los franceses, y

era tal el aturdimiento de los aliados que en la noche del 16 tomando por enemigos unos ganados que entre unos encinares pastaban, rompieron con ellos los ingleses y portugueses como los españoles hasta que cerciorados del engaño desistieron, echándose despues unos á otros la culpa de la pelea con inocentes animales. En esta marcha cayó prisionero de la caballería francesa el general inglés Paget con varios de los suyos. Wellington sin embargo siguió adelante, y en la noche del 18 llegó á Ciudad-Rodrigo, donde estableció provisionalmente sus cuarteles, pero en los dos dias siguientes se internó ya en Portugal.

El mismo aturdimiento y desórden que había llevado el ejército francés despues de la derrota de Arapiles en su retirada por Valladolid, Burgos y Pancorbo, el mismo llevaron los aliados despues de la malograda tentativa del castillo de Burgos, en su retirada por Palencia, Salamanca y Ciudad-Rodrigo. Y no es de extrañar que el 20 de noviembre, cuando los franceses volvieron á Salamanca, contaran mas de 3,000 prisioneros, entre ellos el general Paget, hechos á los aliados en aquella marcha desastrosa. En ella la indisciplina, la insubordinacion y el desarreglo del ejército inglés llegó á tal punto y extremo, que en una circular que Wellington pasó en Portugal á los jefes de los cuerpos se vió precisado á estampar frases como las siguientes: «La disciplina del ejército de mi mando en la última campaña ha decaído á tal punto que nunca he visto ni leído cosa semejante. Sin tener por disculpa desastres ni notables privaciones... se han cometido desmanes y excesos de toda especie, y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido....»

Luego que Wellington se internó en Portugal, los españoles pasaron por aquel reino á Galicia. El 6.º ejército nuestro volvió á ocupar sus antiguas posiciones del Vierzo. Don Juan Diaz Porlier regresó tambien á Asturias. La division inglesa de Hill que había venido de Extremadura, tornó igualmente á aquella provincia, acantonándose en Cáceres y sus inmediaciones.—En cuanto á los ejércitos franceses, que no tuvieron por conveniente seguir á los aliados á Portugal, el del Mediodía con el mariscal Soult ocupó las márgenes del Tajo hacia Talavera, parte de la provincia de Toledo y la Mancha: el llamado todavía de Portugal con Souham se distribuyó entre las provincias de Salamanca, Avila, Valladolid y Palencia: el del Centro con el rey José volvió á Madrid; repartiéndose entre esta provincia, Segovia, Toledo y Guadalajara. Wellington con los anglo-portugueses tomó cuarteles de invierno, acantonando su gente en una línea que se extendía desde Lamego hasta las sierras de Baños y de Bejar.

De allí á poco trasladóse el general inglés, generalísimo ya de nuestras tropas, á Cádiz, ya por descansar de las fatigas de la campaña, ya para acordar acerca de la que de nuevo hubiera de emprenderse, y acaso tambien por disfrutar de las atenciones y agasajos que suponía habría de recibir, como recibió, del pueblo, de las personas mas distinguidas, de la Regencia y de las córtes. Todos en efecto se esmeraron en obsequiar y festejar al ilustre caudillo, á quien España debía servicios de tanta importancia, y á quien los poderes públicos habían ensalzado á una altura en cargos y honores á que no se creía pudiese llegar en España un extranjero. A estos obsequios procuró corresponder con otros su hermano sir Enrique Wellesley, embajador británico en España, tal como un banquete, á que convidó todos los diputados (1). Una comision de las córtes había pasado á felicitar al ilustre general en su propio alojamiento: agradecido él á tan grande honra, solicitó permiso para presentarse en el Congreso á dar personalmente las gracias: fuéle aquel otorgado, y en la sesion del 30 de diciembre un secretario anunció que el duque de Ciudad-Ro-

(1) Cuéntase que en un suntuoso baile que se dió en obsequio de Wellington, la condesa de Benavente, duquesa viuda de Osuna, que presidía la funcion, recibió una carta anónima en que le decían que la cena estaba envenenada. Llévose chasco el autor del anónimo, que sin duda se había propuesto asustar á la brillante concurrencia y acibarar el placer del festín, pues nadie le dió crédito, y al decir de un escritor que asistió á la fiesta, convirtióse el falso anuncio en ocasion y motivo de donaire y chistes que dieron al acto mayor animacion y alegría.

drigo estaba aguardando para presentarse en virtud del permiso concedido: suspendióse la discusión, y entró acompañado de cuatro diputados; diósele asiento entre los representantes de la nación (honra desusada y singular, la mayor que pudiera recibir), y levantándose leyó un discurso en español, á que contestó el presidente de la Asamblea (1): concluido lo cual, se retiró del salón con el mismo acompañamiento.

Poco tiempo permaneció Wellington en Cádiz. De allí pasó á Lisboa, siendo recibido en los pueblos y en la corte de Portugal con arcos de triunfo, con luminarias, fiestas y todo género de demostraciones propias para celebrar sus victorias. Así allí como en Cádiz preparó los medios para hacer fructuosa la nueva campaña que le veremos emprender en la primavera siguiente.

CAPÍTULO XXI

Levantamiento del sitio de Cádiz.—Resultado general de la campaña de 1812

(De agosto á fin de diciembre.)

1812

Influencia de los sucesos de Castilla en Andalucía.—La que ejercieron el mariscal Soult.—Levantamiento de los franceses el sitio de Cádiz.—Regocijo en aquella ciudad.—Abandona Soult á Sevilla.—Combate y triunfo de los españoles en el barrio de Triana.—Entran en Sevilla los aliados.—Soult en Granada.—Persíguese Ballesteros.—Unese Drouet á Soult en Huescar, atraviesan el reino de Murcia, y pasan á incorporarse á José en el de Valencia.—Ocupan los españoles á Córdoba.—La administración francesa en Andalucía.—Exacciones, impuestos, despojos.—Objetos artísticos llevados á Francia.—Entrevista y conferencia del rey José y de los generales Jourdan, Suchet, Soult y Drouet en Fuente la Higuera.—Plan de operaciones.—Reunion de ejércitos franceses.—Acuerdan auxiliar al de Portugal en Castilla.—Recobra el rey José á Madrid, huyendo delante de él el inglés Hill.—Consternación de los madrileños.—Discreta y patriótica conducta de don Pedro Sainz de Baranda.—Sale otra vez José de Madrid por la vía de Salamanca.—Llegan allí Soult y Drouet.—Malogran los franceses la ocasión de batir á Wellington y los aliados.—Responsabilidad que en esto cupo al duque de Dalmacia.—Sucesos en Valencia.—Acción de Castalla, desastrosa para los españoles.—Culpóse de ello á don José O'Donnell.—Clamores que en las cortes se levantaron contra él.—Proposiciones que se hicieron.—Acres censuras y vehementes discursos.—Comisión de guerra que se nombró.—Renuncia del regente don Enrique O'Donnell, hermano del general.—Debates que hubo sobre ella.—Le es admitida á pesar de su gran reputación y general estima.—Dificultades para su reemplazo.—Candidatos y partidos que los sostienen.—Es nombrado regente don Juan Pérez Villamil.—Sus ideas políticas.—Arribo de una escuadra anglo-siciliana á Alicante.—Marcha de la expedición al interior de la provincia.—Prepárase á resistirla Suchet.—Vuelve aquella á Alicante.—Sucesos de Aragón.—Sarsfield.—Sucesos de Cataluña.—Lacy.—Nueva distribución de ejércitos españoles.—Resumen y resultado de la campaña de 1812, hecho por un historiador francés.

El triunfo de las armas aliadas en Arapiles y la entrada de nuestros ejércitos en Madrid, obligando al monarca intruso á

(1) Hé aquí los dos discursos que se pronunciaron:

Lord Wellington.—«Señor: no me habria yo resuelto á solicitar el permiso de ofrecer personalmente mis respetos á este augusto Congreso, á no haberme animado á ello la honra que V. M. me ha dispensado el día 27 de este, enviando una diputación á felicitar me de mi llegada á esta ciudad; distinción que no debo atribuir sino á la parcialidad con que en todas ocasiones ha mirado V. M. los servicios que la suerte me ha proporcionado hacer á la nación española.—Dígnese pues V. M. permitirme manifestar mi reconocimiento por este honor, y por las diferentes muestras de favor y confianza que he recibido de las cortes, y asegurarle que todos mis esfuerzos se dirigirán al apoyo de la justa é importante causa que la España está defendiendo.—No detendré con nuevas protestaciones á V. M., ni ocuparé el tiempo de un Congreso, de cuya conducta, sabia, prudente y firme, depende, con el auxilio de la divina Providencia, el feliz éxito de todos nuestros conatos.—No solo, señor, los españoles tienen puesta la vista en V. M., sino que á todo el mundo importa el dichoso fin de su vigoroso empeño en salvar la España de la ruina y destrucción general, y en establecer en esta monarquía un sistema fundado en justos principios, que promuevan y aseguren la prosperidad de todos los ciudadanos y la grandeza de la nación española.»

El Presidente.—«S. M. se ha enterado de cuanto acaba de manifestar el duque de Ciudad-Rodrigo, general en jefe de los ejércitos españoles; y

evacuar la capital y refugiarse en Valencia, eran acontecimientos que así como reanimaban el espíritu de todos los buenos españoles, necesariamente habian de ejercer influencia en opuesto sentido en los enemigos que estaban dominando otras provincias de la monarquía. El mariscal Soult, duque de Dalmacia, hasta entonces tan sordo á las excitaciones del rey José, y tan resistente á obedecer y cooperar á las combinaciones que aquel y su mayor general Jourdan proyectaban y le proponian como convenientes, reconoció al fin la necesidad de abandonar la Andalucía en que tan á gusto se encontraba y en que obraba á modo de soberano. El 24 de agosto se decidió á levantar el sitio de Cádiz, y el 25 quedó, despues de dos años y medio, descercada la Isla, arrojando al mar la artillería de sitio, y destruyendo las municiones, no sin lanzar antes y como por vía de despedida multitud de bombas á la plaza, aumentando la carga de tal manera que muchas piezas reventaron. Del mismo modo se retiraron tambien los franceses de la serranía de Ronda y de las márgenes del Guadalete, clavando la artillería, y dejando abandonadas las barcas cañoneras, de que se aprovecharon los nuestros.

Fácil es comprender el regocijo que causaria en Cádiz tan fausto acontecimiento. Celebróse con todo género de fiestas, y las cortes acordaron en la sesión del 25 que se cantara un solemne Te-Deum en la iglesia del Carmen, á que asistieron al siguiente día todos los diputados, con cuyo motivo no hubo aquel día sesión. Notóse, sin embargo, mas júbilo en la gente forastera, y que de parte de los vecinos no mostraban todos tanta alegría como era de esperar, lo que se atribuyó, ya á haber bastantes oriundos de extranjeros, ya á que á algunos de los mismos naturales no les iba mal con las ganancias que aquel estado de cosas les proporcionaba en sus especulaciones mercantiles (2).

Abandonó igualmente Soult el 27 la ciudad de Sevilla, dejando solo una parte de su retaguardia, la cual no debía salir hasta cuarenta y ocho horas despues. Avanzaba ya sobre aquella ciudad el general español Cruz Murgeon, acompañado del coronel inglés Skerret con fuerza británica, yendo delante de todos el escocés Downie, que habia levantado una legión llamada de Leales Extremeños, vestidos á la antigua usanza.

respecto al proceder que las cortes generales y extraordinarias han observado con tan ilustre caudillo, no han hecho mas que acreditar el aprecio que han juzgado ser debido al vencedor de Massena y de Marmout; al reconquistador de Ciudad-Rodrigo y Badajoz; al que hizo levantar el sitio de Cádiz; al que libertó tantas de nuestras provincias, y cuyos triunfos sobre los franceses han celebrado los pueblos de Castilla, como pudieran celebrar los triunfos del genio del bien sobre el genio del mal; y al que entrando en Madrid hizo publicar el sagrado código de nuestra Constitución, obra inmortal de este augusto Congreso.

»En lo demás las cortes generales y extraordinarias no omitirán medio alguno para terminar felizmente la lucha en que la España, y tantas otras naciones se hallan empeñadas; y no ya esperan ni confían de parte del duque de Ciudad-Rodrigo, sino que dan por seguros nuevos triunfos y victorias, y cuentan con que los ejércitos españoles y aliados, conducidos por tan ilustre caudillo, no solo arrojarán á las huestes francesas mas allá del Pirineo, sino que, si menester fuese, colocarán sobre las márgenes del Sena sus triunfantes pabellones; pues no seria la vez primera que los leones españoles han hollado en sus orillas las antiguas lises de la Francia.»

(2) Hé aquí cómo se expresa respecto á este particular el señor Villanueva, diputado y testigo de todo: «No puede explicarse el júbilo de esta mañana, luego que el pueblo al amanecer entendió ser cierta la fuga de los franceses y el levantamiento del sitio. Sin embargo se observó que generalmente estas demostraciones eran de los forasteros, y que de los a vecindados en esta ciudad una gran parte mostró indiferencia, algunos tristeza y pesar. Atribuíase esto á que hay aquí muchos franceses, ó hijos, ó nietos, ó deudos de franceses, los cuales por punto general entran en las miras ó en los intereses de aquella nación, y no conocen otro patriotismo; á que durante el sitio han procurado algunas personas de esta ciudad sacar partido de él, haciendo especulaciones mercantiles que les han sido lucrativas; en estos últimos dos meses del bombo han enriquecido muchos vecinos con inquilinatos ó subarriendos de parte de sus viviendas á precios desmedidos: todos estos es regular que miren la fuga del enemigo como el término de sus ganancias, lo cual duele á los que no tienen mas patria que su bolsillo.... Las causas serán estas y otras, pero el hecho es cierto, y ha sido notado por muchos aun de Cádiz.»—Viaje á las Cortes: sesión secreta del 25 de agosto.—Dejemos á la responsabilidad de este escritor la exactitud ó inexactitud del hecho y de sus juicios.

Semejante pensamiento habia inspirado á la marquesa de la Conquista, descendiente del ilustre don Francisco Pizarro, la idea de regalar á Downie la espada de aquel célebre conquistador que conservaba la familia. Alcanzaron los nuestros y batieron aquella fuerza enemiga en los olivares de Castillejo de la Cuesta: prosiguiendo los ataques, obligáronla á replegarse sobre el barrio de Triana, separado de Sevilla por el Guadalquivir: marchando adelante los aliados, metiéronse en Triana empuñándose un recio combate en la cabeza del puente. El intrépido Downie quiso saltar él solo á caballo por un hueco que las tablas del puente dejaban; costóle tan temerario arrojo ser derribado del caballo, herido en la mejilla y en un ojo, y caer prisionero; pero tuvo serenidad para arrojar á los suyos la espada de Pizarro, evitando así que cayera tan glorioso trofeo en manos de enemigos. A pesar de este contratiempo nuestras tropas pasaron el puente encaramándose por las vigas: aturridos con esto los franceses metiéronse en la ciudad, cuya puerta cerraron.

No les bastó ya esta precaución. Apresuráronse los paisanos á colocar tablones sobre el puente; pasáronle nuestras tropas, y al verlas los vecinos de Sevilla abrieron la puerta del Arenal, echaron las campanas al vuelo, comenzaron á colgar los balcones, penetraron los aliados en las calles, y llenos de espanto los franceses, arrojando algunos sus armas, salieron de tropel por las puertas Nueva y de Carmona camino de Alcalá, dejando dos piezas y sobre 200 prisioneros, abandonando tambien á un trecho de la ciudad al valiente Downie, estropeado de las heridas. No se empeñaron por entonces los nuestros en la persecución de los franceses. Celebróse en Sevilla la entrada de los aliados con el entusiasmo propio del carácter de aquellos naturales, y el 29 de agosto se publicó la Constitución de Cádiz, segun se hacia en los pueblos que se iban reconquistando.

Marchaba el mariscal Soult camino de Granada, mas no sin que le molestara por retaguardia y flancos el general Ballesteros, ya que le faltaran fuerzas para atacarle de frente. Iba Ballesteros bordeando las sierras de Torcales y amparándose de ellas. El 3 de setiembre alcanzó en Antequera la retaguardia enemiga, y le cogió tres cañones con algunos prisioneros. Volvió á alcanzarla el 5 en Loja, y algunos jinetes la fueron hostigando hasta la misma vega de Granada. Entró en esta ciudad, y solo permaneció en ella lo necesario para dar lugar á que se reunieran los destacamentos de varios pueblos, entre ellos las tropas de Málaga, que al salir volaron el castillo de Gibralfaro. Venia tambien caminando de Extremadura á Córdoba, con objeto de incorporársele, el general Drouet, conde de Erlon, con el 5.º cuerpo francés: el general inglés Hill que hubiera podido perseguirle, no lo hizo, llamado entonces por Wellington al Tajo y hácia Castilla, como en el anterior capítulo dijimos. Solo le fué rastreando un trozo de caballería que destacó el general español Penne Villemur. Así fué que llegó Drouet sin dificultad á Córdoba, de donde prosiguió despacio á la provincia de Jaen, y como ya en este tiempo hubiera salido Soult de Granada (16 de setiembre), dióse prisa á alcanzarle y se le incorporó en Huescar.

Conforme lo enemigos iban evacuando las ciudades de Andalucía, ocupábanlas los nuestros. En Córdoba, además del coronel Schepeler que iba en pos de Drouet enviado por Villanueva, entró el partidario don Pedro Echavarrí, hombre atrevido y ligero, que arrogándose el mando, que despues confirmó la Regencia, publicó la Constitución, y haciendo gala de un exagerado españolismo, y queriendo halagar las pasiones del vulgo, con el que gozaba de bastante favor, al propio tiempo que procuraba agradarle con prácticas y actos públicos de devoción, mostróse perseguidor riguroso, al modo que en Madrid don Carlos de España, de todo el que con razon ó sin fundamento, y acaso solo por resentimiento ó venganza personal, era denunciado como partidario del gobierno intruso. En Granada, al día siguiente de haber salido de ella Soult, entró el general Ballesteros con su ejército, yendo delante el príncipe de Anglona, y siendo recibidos con el júbilo que lo hacían todas las poblaciones en el momento de verse libres de franceses. El mariscal Soult y el conde de Erlon ya unidos prosiguieron por el reino de Murcia, encaminándose á Valen-

cia, donde los llamaba el rey José, para combinar su nuevo plan de operaciones para ver de reparar las pérdidas y resarcir los quebrantos que les habia ocasionado Wellington, y de que hemos dado noticia á nuestros lectores.

Al hablar un ilustrado historiador español de la evacuación de las Andalucías por las tropas francesas que las habian ocupado largos dos años, hace importantes y curiosas observaciones sobre la administración francesa en aquellas provincias y sobre los sacrificios enormes que les impuso, sacadas de datos y documentos apreciables, y de que nosotros tampoco podemos desentendernos.

A pesar de la dificultad de poder calcular con exactitud todo lo que aquellas ricas comarcas tuvieron que suministrar en aquel período, ya en metálico por la contribución extraordinaria llamada de guerra, ya en especies y frutos para la manutención de hombres y caballos, hospitales, etc., de una liquidación practicada por el conde de Montarco, comisario régio del rey José, resulta haberse entregado á la administración militar francesa en todo aquel tiempo la suma enorme de 600 millones de reales, no contando las derramas sueltas impuestas arbitrariamente por los jefes de columnas y recaudadas sin cuenta ni razon. Y la suma no debe parecer exagerada, constando tambien de datos oficiales que sola la provincia de Jaen pagaba por contribución de guerra 21 millones de reales al año, y que entre este impuesto y el de subsistencias satisfizo desde febrero de 1810 hasta diciembre de 1811 la cantidad de 60 millones de reales.

Hacia mas sensibles estos sacrificios el no haber podido disponer, siquiera para el ramo de suministros, de los granos procedentes del diezmo, los cuales dispuso Soult que se depositasen en almacenes de reserva. Aconteció esto precisamente en años de escasísima cosecha; y como era tambien frecuente y casi incesante el embargo de caballerías para bagajes, acarreos y transportes, resultaba no poderlas dedicar los naturales, ni al cultivo de sus tierras, ni al comercio y tráfico interior. De modo que todas eran causas de empobrecimiento y de miseria.

Juntóse á esto el despojo de la plata y oro de los templos, no ya solo de las catedrales, sino de los conventos y parroquias, y hasta de las ermitas de las pequeñas aldeas. Recurso que por cierto fué de mas escándalo que producto; pues como decia Azaña en una de las cartas al ministro de Negocios extranjeros en la correspondencia que los nuestros le interceptaron: «La plata de las iglesias parece de un gran valor al primer golpe de vista; mas cuando se la junta para fundirla, se encuentra por lo comun con que son delgadas planchas para cubrir la madera; y este recurso no puede producir fondos para subvenir á las mas urgentes necesidades de la tesorería.» Pero despojó á los conventos é iglesias de otros objetos, que si no tenían el valor intrínseco del oro y de la plata, eran de un valor artístico inapreciable. Hablamos de los magníficos y preciosos cuadros de los célebres pintores de la escuela sevillana que decoraban los templos y conventos de Andalucía, y que una comisión imperial establecida en el alcázar de Sevilla tenia encargo de recoger para que fuesen á enriquecer el museo de Paris.

«Cúpoles esta suerte, dice el indicado escritor, á ocho lienzos históricos que habia pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las Obras de Misericordia que en aquel establecimiento se practican. Aconteció lo mismo al Santo Tomás de Zurbarán, colocado en el colegio de los religiosos dominicos, y al San Bruno del mismo autor, que pertenecía á la Cartuja de las pruebas de Triana, con otros muchos y sobrexcelentes, cuya enumeración no toca á este lugar.—Al ver la abundancia de cuadros acopiados, y la riqueza que resultaba de la escaudriadora tarea de la comisión, despertóse en el mariscal Soult el deseo vehementemente de adquirir algunos de los mas afamados. Sobresalian entre ellos dos de Bartolomé Murillo, á saber: el llamado de la Virgen del Reposo, y el que representaba el Nacimiento de la misma divina Señora. Hallábase el último en el testero á espaldas del altar mayor de la catedral á donde le habian trasladado á principio del corriente siglo por insinuación de don Juan Cean, sacándole de un sitio en que carecia de buena luz... Gozando ahora de ella,